



USC UNIVERSIDAD DEL
SAGRADO CORAZÓN

NOTA

Este documento no está disponible en línea. Puede encontrarlo en la Colección de Emilio S. Belaval en la Sala de Información e Investigación en la Biblioteca Madre María Teresa Guevara de la Universidad del Sagrado Corazón.

erte
tido

M

Criada e
gozó fan
ingenio
dora de
do de in
entregada
madrugar
Rico.

Cuand
casa Ma
cenario d
ción de
ajadas pe

des, señorones con media vara de
cadena sobre el abdomen, presiden-
tes de casino, curitas jóvenes con re-
cados del señor Obispo, beatucas de
la parroquia, cronistas sociales, pa-
rrientes de ojos esperanzados, prote-
gidos de manso mirar, otras viejeci-
tas contemporáneas con auténticos
varillajes de concha, dijes de filigra-
na y moñitos repelados, un ancho
rumor cortésano de tafetanes severos,
de sedas claustrales, de rasos mundanos
que prendían noche tras noche una
tertulia de murmullos bajo la lacri-
mosa lámpara de cinco brazos que
regía el salón de la casa Marti-

Lo que nunca se pudo llevar fué
una mirada de amistad, de mi mal-
criada Liliána Martínez, a la cual
dedicaba sus más tiernas caídas de
ojo, cuando la llegada de un im-
portante ser, requería la presen-
cia en el salón de una cerca-
na Martínez, que disculpaba la au-
sencia de doña Ursula, quien había
enterrado los codos en el lecho de
su hermana, al buen cuidar de ella,
haciendo sublimes esfuerzos de du-
reza para ocultar a la enferma el
amoroso temor de su corazón. Lili-
ána Martínez atendía las visitas de
postin y yo era una especie de ma-

el visitante.

Por este ingenuo favor, sólo Dios y
yo sabemos las pérfidas miradas, las
burlas, las impertinentes recomen-
daciones que tuve que sufrir de una ter-
tulia que me suponía rival del último
García y aspirante a la mano de la
última Martínez. El menor gesto de
amistad hacia mi vapuleadora de an-
taño era objeto de una sutil telegra-
fía que me crispaba los nervios. An-
gelito incluso creyó oportuno mos-
trarme su desagrado y avivar un
poco el tono de la voz al hablar de
su abolengo, cada vez que tenía que
pasar cerca de mí. Bien merecido me
haya por estar siempre metido don-

la tertulia que
no me escrutara buscando una simple
razón para mi audacia ni que no me
vistiera la ridícula levita de un ofi-
cioso cazador de dotes. ¡Cazador de
dotes, yo, con la fea carita de conejo
que tenían mis diecinueve años y
cuando ya me tuteaba con Max
Nordau, me sabía de memoria la geo-
grafía de Montmatre y no podía pa-
sar una noche sin leer algo de Má-
ximo Gorki, aunque fueran esos de-
liciosos cuentos de vagabundos don-
de el amor nace junto al carricoche
de la basura! Cada vez que una se-
ñorona me señalaba a otra con una
sonrisa, tomaba la resolución de lar-
garme lejos de aquel círculo malicio-